

*Relatos de amor
que no fue, que pudo ser
y que siempre será*

Benjamín Recacha García

Diciembre 2019

Un café y una sonrisa

—¿Está bien?

Luis recibe el cambio del billete de cinco euros con una sonrisa desconcertada. La camarera también sonríe. Siempre lo hace. Desde hace unas semanas, Luis se toma el café con leche de la tarde ahí porque le gusta su sonrisa fresca. Tiene la impresión de que las sonrisas frescas escasean, y la de ella lo reconforta.

—El libro —aclara la muchacha. Luis mira el ejemplar de 1984 que ha dejado sobre el mostrador mientras espera el café—. Está en mi lista de pendientes, pero nunca me he animado a leerlo porque me da la sensación de que me va a angustiar. —Mientras habla, se desenvuelve con destreza mecánica con la cafetera. Sus movimientos firmes y seguros tienen algo de hipnótico—. Y, la verdad, llevo un tiempo en que sólo me apeteцен lecturas que me dejen buen sabor de boca. —Se da la vuelta y coloca un platillo, la cucharilla y dos sobres de azúcar junto al libro. Mira al cliente directamente a los ojos, sin abandonar la sonrisa—. La vida real ya es bastante angustiosa a veces, ¿no crees?

Luis no estaba preparado para ese tipo de conversación. Y debe reconocer que la mirada de ella lo intimida. Se siente estúpido al darse cuenta de que durante todos esos días que ha estado frecuentando el local, Raquel (según la identifica la chapa que lleva enganchada en el pecho) no dejaba de ser una sonrisa que le aligeraba el peso de sus fracasos.

—Es la segunda vez que lo leo. La primera era demasiado joven para entenderlo del todo. Ya lo estoy acabando y, sí, es un poco angustioso. Te hace pensar en muchas cosas.

Raquel coloca la taza sobre el platillo.

—Si está muy caliente, te pongo un poco de leche fría.

Hasta hoy no le había hecho el ofrecimiento porque el verano se resistía a llegar, pero desde hace un par de días la temperatura ha subido de golpe.

—Gracias, así está bien. El café con leche me gusta caliente, aunque nos estemos achicharrando.

Raquel ríe, y Luis se siente más reconfortado que de costumbre.

.....

—¿Lo de siempre?

Desde el momento en que cruzó la puerta de la cafetería para entregar el currículum, Raquel decidió que mientras estuviera allí haría lo posible por sonreír, aunque en su interior mantuviera latente la tentación de mandarlo todo a tomar viento. Le dieron el empleo, una gorra y una chapa ridículas, y ella las complementó con su expresión más agradable. Le sonríe a todo el mundo, pero con el chico que siempre lleva un libro es especialmente simpática.

—No, hoy voy a probar el batido de café. ¿Está bueno?

—Pues no lo sé. Yo tampoco lo he probado. —Raquel apoya las manos en el mostrador y observa el rostro que

tiene delante con un nivel de atención que sobrepasa con mucho lo reglamentario. Él se esfuerza por sonreír, pero se le nota la incomodidad —. Hacemos una cosa: si no te gusta, te lo cambio por el café con leche habitual.

— Vale — acepta con timidez; hay otra cosa que le preocupa, y no está seguro de atreverse a plantearla.

— Ya veo que has acabado 1984 — advierte ella, mientras prepara el batido —. Menudo personaje fue George Orwell. La verdad es que sabía muy poco sobre su implicación en la Guerra Civil, y buscando información sobre él me han entrado ganas de leer *Homenaje a Cataluña*. ¿Lo conoces?

— Sí, lo tengo en los pendientes. — Luis desliza los dedos por el libro que ha dejado sobre el mostrador. En realidad, aún no ha acabado 1984.

Raquel se gira un momento y se fija en la portada.

— *Entre limones*... Chris Stewart... No lo conozco. ¿Qué tal?

Vuelve a estar de espaldas. Luis piensa que es la oportunidad para plantear su ocurrencia.

— Muy divertido. Es uno de los libros más divertidos que he leído. Y...

La sonrisa de Raquel aparece de nuevo ante él, espléndida e intimidatoria.

— Marchando un batido de café.

Durante unos segundos permanecen en silencio, y ella tiene la certeza de que los fantasmas que lo acosan a él son tan persistentes como los suyos.

— Toma, lo he traído para ti. — Luis empuja el libro hasta que contacta con los dedos de la mano que la camarera apoya en el mostrador —. Te garantizo que no te va a angustiar nada y que te hará reír con ganas.

Resulta curioso que ahora que Raquel tiene un motivo para estar contenta de verdad, la sonrisa se le desdibuja en el rostro.

.....

— Muchas gracias por el libro. Tenías razón, es muy divertido.

Luis sonríe nervioso. Ha estado a punto de no acudir a la cita casi diaria con su café con leche y la sonrisa reconfortante.

— Me alegra — responde, evitando cruzar la mirada con la de ella. «Da los buenos días con un café y una sonrisa», lee en un cartel que se le antoja estúpido.

— ¿Qué ponemos hoy?

Luis tiene la impresión de que Raquel exagera su simpatía porque se siente tan incómoda como él. Se dice a sí mismo que han traspasado la frontera de la relación habitual entre camarera y cliente para entrar en un territorio desconocido que no está seguro de querer descubrir.

— Café con leche, por favor.

Raquel se gira hacia la cafetera. Se desenvuelve con menos destreza, como si algo distorsionara la maquinaria siempre engrasada. Y en verdad es así.

— ¡Mierda! — exclama al resbalársele la taza entre los dedos y hacerse añicos contra el suelo.

Luis se siente absurdamente responsable.

— No pasa nada, un accidente lo tiene cualquiera.

Agachada detrás del mostrador, Raquel levanta la cabeza. Las miradas coinciden, y Luis siente un escalofrío porque ve dolor.

.....

Luis lleva un rato frente a la puerta del local, sin decidirse a entrar.

Ya ha acabado de leer *1984*. Le ha tomado el relevo *Las olas*, pero no cree que vaya a aguantar mucho; no le interesa el jeroglífico introspectivo que plantea Virginia Woolf. Es aún más deprimente que la atmósfera opresiva, sin resquicio para la esperanza, que dibuja Orwell. Piensa en Winston y en Julia, en su historia de ¿amor? condenada al fracaso. «Pero durante un tiempo consiguen ser libres; aunque sea una libertad ficticia, sus sentimientos y sus ideas les pertenecen», reflexiona.

Vuelve a mirar hacia la puerta. Sabe que Raquel está ahí. Se pregunta si hoy volverá a sonreír. Aprieta el libro con las dos manos y se muerde los labios en un gesto de rabia, porque no es capaz de encontrar nada más auténtico en su vida que esa sonrisa, y no quiere arrastrar la culpa, una más, de hacerla desaparecer.

Por fin, se da la vuelta y se aleja arrastrando los pies.

.....

Al oír abrirse la puerta, Raquel levanta la cabeza. Desde hace una semana, es su reacción automática. Cuando comproueba que no es él, el chico del libro, pierde la sonrisa, que recupera un segundo después para volver al trabajo.

Pero hoy si es él. Lo ve acercarse titubeante, con la mirada nerviosa desviándose a un lado y otro, como si no fuera capaz de fijarla en un objetivo.

Es más temprano que de costumbre, y apenas hay clientes. Raquel se queda paralizada, con las manos sobre el mostrador y la sonrisa congelada.

—Hola —murmura Luis al llegar hasta ella, y tras pasear la vista por el mostrador reúne el suficiente valor para mirarla a los ojos—. Cuando acabes el turno, ¿te apetecería tomarte un café conmigo?

Raquel había fantaseado con la posibilidad, pero ahora que ha sucedido no sabe qué decir. El movimiento de las manos de él sobre el mostrador atrae su atención. «*Un hombre en la oscuridad. Paul Auster*», lee entre sus dedos repiqueteantes.

— *I know someday you'll have a beautiful life...* — Raquel comienza a cantar, muy flojito — . *I know you'll be a star... in somebody else's sky, but why... why, why can't it be, why can't it be mine...*

— Me suena, pero no la reconozco.

— *Black*, de Pearl Jam. Es una de mis canciones favoritas.

— Me gusta Pearl Jam, pero no me sé ninguna letra.

— Salgo a las seis.

.....

La brisa marina refresca el ambiente y revuelve el pelo de Raquel, quien permanece sentada en la arena, abrazándose las piernas y con la barbilla sobre las rodillas. Observa las olas y las escucha; seguramente no hay sonido más balístico. Luis está sentado a su lado, aunque un poco por detrás. Juguetea con la arena mientras se le escapan miradas fugaces hacia ella. Le gusta: su pelo revuelto, la sonrisa relajada, el perfil de su nariz algo torcida, sus manos de dedos largos, los pendientes que le decoran todo el perímetro de la oreja... Apenas han intercambiado palabra. Sus pasos los han conducido hasta la playa, donde todavía quedan algunos bañistas que celebran la llegada del calor compartiendo espacio con parejas acarameladas que celebran su amor.

Raquel y Luis no celebran nada, si acaso el hecho de haber encontrado alguien con quien compartir el silencio.

— *Tanto sube el nivel...* — tararea Raquel — *el mar...* — Luis identifica enseguida *El estanque*, de Héroes del silencio — ... *Se derrama ahogándome...*

Ella gira la cabeza despacio y le sonríe, aunque en sus ojos hay tristeza. Luis no dice nada, sólo levanta la mano y le deja una concha sobre la rodilla.

.....

Sentados en una terraza del paseo marítimo, Luis contempla cómo Raquel se bebe la horchata con una pajita. Le hacen gracia los hoyuelos que se le forman en las mejillas. Le gusta verla fuera del trabajo, sin la gorra ridícula que oculta su media melena, con la camiseta de tirantes, mostrando una sonrisa más atenuada, más natural.

—¿Qué pasa? —pregunta ella riendo al sentirse observada con tanta atención.

—Nada, es sólo que me gusta mirarte. —Raquel sonríe ahora con los ojos—. ¿Cómo lo haces para sonreír siempre?

—*I'm so happy because today I've found my friends, they're in my head... I'm so ugly, but that's okay, because so are you...*

—Esa la conozco: *Lithium*, de Nirvana. ¿Tienes una canción para todo?

Raquel se toca los pendientes de la oreja derecha; en la izquierda sólo lleva uno, un aro con el símbolo de la paz.

—Durante un tiempo fui la cantante de un grupo de rock.

—¿En serio? ¿Y qué paso?

Raquel niega con la cabeza y los ojos dejan de sonreír.

—Cosas... Hace mucho de eso. ¿Y tú? Cuéntame algo sobre ti, aparte de que devoras libros.

Luis se incorpora en la silla, apoya los brazos en la mesa y, pensativo, hace girar entre sus manos la botella de cerveza vacía.

—Menos mal que puedo vivir la vida de los habitantes de sus páginas. —Se detiene, levanta la cabeza y mira a Raquel—. En la mía no hay nada que valga la pena.

Ella ve la desolación tras la mueca que no llega a ser sonrisa.

.....

— *You look so fine... I want to break your heart... and give you mine... You're taking me over...*

— Cantas muy bien. — Raquel mira a Luis con una sonrisa sincera pero cansada mientras él da otro trago al botellín de cerveza — . Tu sonrisa y tu voz me llevan a un lugar donde me gusta estar — añade en un murmullo, lo bastante apagado como para que ella pueda disimular no haberlo escuchado.

— Cuando estaba en el grupo, me fijaba mucho en Shirley Manson..., la cantante de Garbage — aclara ante la expresión ignorante de Luis — . *You Look So Fine* es uno de mis temas favoritos.

Sentados en la misma terraza de los últimos días, contemplan el mar en silencio. Raquel se retira de la cara un mechón agitado por la brisa y lo coloca detrás de la oreja.

— Podría pasarme la vida así, viendo las olas romper contra la orilla.

— Y yo.

Intercambian una mirada cómplice, y enseguida ella vuelve a desviarla hacia el azul inmenso.

— Es curioso cómo nos empeñamos en hacernos las mismas preguntas, una y otra vez, aun sabiendo que no vamos a encontrarles respuesta.

— ¿Eso haces al cantar, preguntarte sobre el pasado? — A Raquel le sobresalta la deducción de Luis, y lo mira con sorpresa. Él apura la cerveza — . Yo prefiero no hacerme preguntas, pero es difícil resistirse. La autocompasión resulta tentadora cuando mirar adelante es como hallarse en me-

dio de un desierto y buscar un oasis; sabes que lo máximo a lo que puedes aspirar es a encontrar un espejismo.

— Cuando estaba en el escenario, me sentía viva, libre, llena de energía. Cantar y dejarme llevar por la música era lo que daba sentido a todo.

Vuelven a quedar en silencio. Luis la observa y ve cómo sus ojos se tiñen del azul oscuro del mar al atardecer.

— Si alguna vez te apetece, puedes contarme lo que pasó.

Raquel gira la cabeza y le regala la enésima sonrisa.

— ¿Nos bañamos?

Sin esperar respuesta, se levanta de la silla, salta a la arena y se aleja por la playa casi desierta. Al llegar a la orilla, se da la vuelta y saluda a Luis con una mano. Entonces, se quita el vestido y, despacio, se mete en el agua.

.....

Raquel ríe. Es la risa de una niña entregada a la diversión. Le transforma la cara, porque no tiene que hacer ningún esfuerzo consciente por sonreír, y a Luis le encanta; tanto, que durante las dos horas que llevan bailando ha olvidado qué es lo que provoca su desazón permanente. Están sudando a mares, apretujados contra otros cuerpos sudorosos que también ríen y se dejan llevar por la música. La atmósfera invita a la desinhibición, a entregarse sin reparos a la alegría de vivir.

Con los últimos acordes de *Song 2* de Blur, Raquel se lleva una mano al cuello para indicar que está sedienta, y ambos se dirigen a la barra. Aprovisionados de cerveza, salen a tomar el aire a la terraza.

— Lo estás pasando bien, ¿eh?

— Me estoy quedando afónica, y mañana voy a tener unas agujetas...

Brindan con los botellines y beben en silencio, aunque enseguida Raquel reconoce el *Stone Cold Crazy* de Queen en la versión de Metallica y se pone a cantarla.

Tiene las mejillas encendidas y los ojos le brillan, como la piel de la cara y del cuello, perlada de gotitas de sudor.

— Me gustaría besarte — susurra Luis.

Raquel deja de cantar y lo mira con una expresión encendida que él todavía no había tenido el placer de contemplar. Con la mano libre, lo agarra del cuello de la camiseta, lo atrae hacia ella y, con la nariz a un milímetro de la de él, se detiene para saborear ese instante de deseo máximo, justo antes de meterle la lengua ardiente en la boca.

.....

Al alba, el mar y el cielo se confunden en el horizonte, pero poco a poco se dibuja la línea que anuncia la llegada del sol. Raquel y Luis asisten al proceso sentados en la orilla, dejando que la lengua tímida del mar les acaricie los pies. Ella apoya la cabeza en el hombro de él, y él aspira el aroma del sudor, el perfume y la sal que emanen del pelo de ella. No recuerda un olor más delicioso. Tienen las manos entrelazadas sobre la arena húmeda.

— Nunca había visto el amanecer en la playa tan bien acompañado — anuncia Luis.

Ella sonríe relajada. El sueño empieza a reclamar su botín tras una larga noche de bailes, sudor y besos.

— *Presiento que tras la noche... vendrá la noche más larga... Quiero que no me abandones, amor mío, al alba...*

Luis siente una presión en el estómago. Raquel le agarra la mano más fuerte, y él le acaricia el pelo y le besa la cabeza. Ella no puede seguir cantando, ni siquiera en un susurro, las lágrimas y el nudo en la garganta se lo impiden.

—¿Qué te pasa?

—Nada, no te preocupes. —Se separa un poco de él y hace el esfuerzo por sonreír—. Me lo he pasado muy bien, pero estoy muerta y necesito dormir.

En el horizonte, el cielo empieza a adquirir un tono anaranjado.

.....

Luis aparca frente al portal. En la calle se mezclan los jóvenes que regresan de fiesta con quienes salen a comprar el pan y churros para el desayuno, a pasear el perro o a correr.

Raquel mira por la ventanilla, pero lo que ve se oculta en su memoria. En la radio suena *Heroes*.

—I, I will be King... —Luis se atreve a acompañar a Bowie—. And you, you will be Queen... Though nothing will drive them away... We can be heroes just for one day... We can be us just for one day...

La interpretación consigue atraer la atención de Raquel, que sonríe sin ocultar su tristeza.

—Just for one day —repite, como diciéndoselo a sí misma.

—Si quieras, subo contigo.

—Es mejor que no. Además, me voy a quedar frita en cuanto me tumbe.

Luis se inclina hacia ella y la besa. Raquel lo abraza, y piensa que le gustaría prolongarlo, porque nunca había abrazado a nadie que lo necesitara tanto como ella. Cuando sus labios se separan, permanecen abrazados. En la radio, *Little Wing* de Jimi Hendrix toma el relevo de Bowie, y Raquel piensa que es una de las canciones más bonitas que se han escrito. La canta al oído de Luis, y él siente un escalofrío.

—When I'm sad, she comes to me, with a thousand smiles she gives to me free... It's alright, she says, it's alright, take anything

*you want from me... Anything... —*A Raquel se le escapan las lágrimas—. Aquel hijo de puta... cogió lo que quiso, sin preguntar...

Luis escucha tenso al principio, pero enseguida la abraza más fuerte y le acaricia el pelo.

.....

Durante los días siguientes, Luis no encuentra a Raquel en la cafetería. Le dicen que no saben nada de ella. No puede llamarla ni escribirle porque no han intercambiado sus números de teléfono, así que se acerca a su casa, pero no contesta al timbre. Pregunta a un par de vecinas que salen del portal, pero ni siquiera parecen conocerla.

Se repite a sí mismo que esta vez no ha hecho nada para cagarla, pero no logra sacudirse el sentimiento de culpa. «Me tendría que haber conformado con el café y la sonrisa reconfortante. ¿Dónde voy a refugiarme ahora?», se reprocha desolado.

.....

Raquel regresa a la cafetería una semana después. Ha estado enferma, un catarro que la obligó a quedarse en cama y que, en realidad, ha sido la excusa perfecta para no salir de la cueva. Ahora el catarro casi ha remitido del todo, pero el mal que de verdad le duele continúa ahí, crónico, enmascarado con una sonrisa.

Se pone la gorra y la chapa y se incorpora al trabajo. Y cada vez que la puerta se abre, el corazón se le acelera, deseando que sea y a la vez que no sea Luis. Se siente mal por haberse escondido de él, pero se dice a sí misma que es lo mejor, que quizás no tendría que haber aceptado aquel café, porque así ahora seguiría viéndolo casi cada tarde y hablarían de libros.

—Hola, Raquel. —Es Gina, toca cambio de turno; la jornada ha pasado rápido—. Me alegro de que ya estés mejor.

—Hola. —Se saludan con dos besos. Gina es lo más parecido a una amiga que se puede tener en el trabajo—. El resfriado me ha dejado hecha polvo, pero sí, ya estoy bastante bien.

—Por cierto, ayer un cliente dejó algo para ti. —Raquel da un respingo. No puede ser otro que Luis—. Espera un momento, que lo guardé en la taquilla. Me cambio y te lo traigo.

Raquel nota cómo se le acelera todo el organismo. Se pone a ordenar el mostrador y le pasa la bayeta; luego sigue con las tazas y las cucharillas, que ya había ordenado previamente.

—Toma.

Raquel recibe el paquete envuelto. Es evidente que se trata de un libro. Rasga el papel sin reparar en Gina, que la observa con curiosidad. «*Locuras de Brooklyn*, Paul Auster». No lo ha leído.

—Joder, ojalá a mí me hicieran regalos así. Un día un tío me dejó un paquete de chicles. El muy gilipollas había apuntado su número de teléfono en el envoltorio.

Raquel no la escucha. Abre el libro y, como intuía, Luis ha escrito algo en la primera página. Lee con ansia y temor.

«No creo en las segundas oportunidades. Sin embargo, sí creo que existen personas capaces de sobreponerse al pasado, con la fuerza suficiente para convivir con él y seguir adelante. Tú deberías ser una de ellas. Hay que tener mucha fuerza interior para vestir esa sonrisa tan reconfortante para quienes tienen la suerte de contemplarla.»

«Espero que te guste el libro. Es una historia optimista. Tiene partes angustiosas, pero el conjunto deja buen sabor de boca. A

pesar de esos personajes llenos de cicatrices, Auster sí cree en las segundas oportunidades.

Gracias por estos días.

No dejes de sonreír.

Luis».

Raquel cierra el libro y lo aprieta contra el pecho.

—Que tengas una tarde tranquila —le desea a Gina, con una sonrisa dolorosa.

Ocho minutos

Desearías salir corriendo, pero los cuerpos te lo impiden. Notas la presión de un hombro al que no tienes ninguna voluntad de estar pegado, sois como imanes a los que una fuerza superior consigue conectar por el mismo polo. El metro está repleto de imanes comprimidos, todos con la misma carga eléctrica. Imaginas que cuando se abran las puertas en la siguiente estación saldréis todos repelidos de forma violenta.

Y en verdad es algo así lo que ocurre. La gente huye del hacinamiento, aunque no para ser libres, sino con la disciplina de un ejército de hormigas, para someterse a otra fuerza magnética contra la que no se puede luchar. Y así un día tras otro.

Con algo más de espacio personal disponible, paseas la mirada por el vagón. La mayoría de pasajeros, ahora que han recuperado una libertad limitada de movimientos, encierran su hastío en la pantalla del teléfono móvil. Ves caras inexpresivas, congeladas por el cansancio anticipado de otra jornada insustancial, un día que será igual que ayer y que mañana, sin nada que lo haga digno de recordar.

Tú te trasladas, una vez más, a los días de verano al aire libre. Huyes con el recuerdo a las caminatas por la montaña y a las noches bajo las estrellas, y sin embargo sabes que tu rostro es tan inexpresivo como el de los demás.

El metro vuelve a detenerse para vomitar parte de su carga humana e, inmediatamente, ingerir una nueva ración. Cuesta creer que la masa homogénea de cabezas y cuerpos la compongan individuos con pensamientos y vidas propias.

Pero entonces ves una cara que parece fuera de lugar. Pertenece a una mujer de treinta y tantos, aunque puede que sea más mayor. Lo que te hace dudar es su aspecto relajado y su sonrisa, que le dan un toque juvenil.

Se apoya con la espalda en la puerta del vagón y saca un libro de la bolsa de tela que lleva colgada de la muñeca.

Hay algo magnético en esa mujer. No eres el único que lo percibe; te das cuenta de que otros pasajeros, quizás porque no tienen nada mejor que hacer, la observan con discreción.

Entre tú y ella hay los suficientes cuerpos como para que puedas mirarla, a través de los huecos que quedan entre cuellos y cabezas, sin resultar sospechoso.

Piensas que es guapa. O quizás no lo sea especialmente, pero su expresión limpia y la sonrisa sutil en la comisura de los labios la hacen guapa.

También piensas que debe sentirse observada, porque se ha convertido en el centro de atención de varias cabezas. Puede que no se haya dado cuenta, porque no levanta la vista del libro, o si se ha percatado, quizás no le importe. Debe estar acostumbrada a que le pase, porque no es habitual esa aparente despreocupación en las horas punta. Debe ser eso, concluyes: su incursión en el transporte de ganado es puntual. Eso explicaría muchas cosas, desde luego.

De repente, ríe. Sin esconderse, sin tratar de reprimirse. Al contrario, es casi una carcajada, tan inaudita en este ambiente rutinario que apenas provoca reacción.

Ves algunas muecas, que tratan, tímidas, de transformarse en sonrisa. Pero la mayoría ni eso. Muchos continúan hipnotizados por la pantallita, o ajenos al entorno con los auriculares puestos, aunque otros, que sin duda han escuchado la carcajada, prefieren hacer como que no se han dado cuenta, en actitud que podría interpretarse incluso de reproche. Tú, que eres de los que agradecen esa presencia de espontaneidad que te ha hecho sonreír, estás seguro de que hay pasajeros para quienes la mujer que se atreve a reír en público supone una molestia. Dirías más: la ven como a una provocadora. «¿Cómo se atreve a exhibirse así?».

Y, sin embargo, ella sigue leyendo con la misma naturalidad, sin reprimir las risas, ajena al teatro de las apariencias.

Cuando el tren llega a la estación donde tienes que bajar, le lanzas una última mirada con la intención de retener su cara relajada y sonriente el máximo tiempo posible después de que desaparezca para siempre de tu vida.

En ese momento, ella levanta la vista del libro, y vuestras miradas coinciden. Y te sonríe. Sólo a ti.

.....

Hoy tu estado de ánimo es un poco diferente. No hay nada que te haga ser más optimista que ayer. La perspectiva de las próximas diez horas es igual de desmotivadora que siempre; si acaso, te puede consolar que queda un día menos para el fin de semana. Los cuerpos y cabezas que se apretujan en el metro reproducen la misma actitud de cada mañana. Pero tú ya no te trasladas a los días de verano, sino a hace veinticuatro horas, a aquella sonrisa exclusiva.

No has dejado de pensar en ella, y ahora aguardas nervioso, incluso un poco entusiasmado, a que el convoy se detenga, y ella vuelva a inundarlo con su alegría.

Sabes que es un entusiasmo tan irracional como creer en los Reyes Magos, que la probabilidad de que eso ocurra es ínfima, pero pensar en que puede suceder te hace sentir bien, así que vale la pena.

Miras alrededor, moviendo sólo el cuello, que es la única parte de tu anatomía con cierta libertad de movimiento en el revoltijo de cuerpos. Ella no está, pero de vez en cuando coincides con otros ojos, e inmediatamente ambos desviáis la mirada, incómodos por el contacto que os dota de entidad humana, que os hace conscientes de la existencia del otro.

El metro se detiene, vomita parte de su carga e ingiere una nueva ración. Arrastrando los pies, los cuerpos buscan un hueco donde vegetar durante unos minutos. Suenan las señales acústicas, y justo antes de que se cierren las puertas ella salta al interior, con elegancia despreocupada.

Pese a la masa humana que abarrotá el convoy, encuentra el pasillo que la conduce a la puerta opuesta, y tienes la impresión de que los pasajeros le han abierto el hueco sin ser conscientes de ello. Se acomoda, saca el libro, y se pone a leer con la misma naturalidad de ayer. Durante unos segundos te parece como si no estuvieras ahí. Te sientes un espectador ajeno a la escena, y quizás por eso tardas en procesar tus emociones.

Ya sabes que no es una pasajera ocasional, que es posible que a partir de ahora cada mañana compartáis los ocho minutos que el metro tarda en llegar a tu destino, cuatro estaciones después. Y te das cuenta de que, si de verdad es así, esos ocho minutos son los que van a darle un nuevo sentido a tu vida, porque no se te ocurre un aliciente mejor que observar la sonrisa incipiente en la comisura de sus labios.

Mientras piensas en tu suerte, ella levanta la cabeza, y la ves pasear la mirada, hasta que vuestros ojos se encuentran. Tú estás a punto de apartarlos, demasiado intimidado. Te arde la cara, y de repente notas que te flaquean las piernas. Pero entonces ella te sonríe. Sí, otra vez, sólo a ti, y aunque no te explicas por qué, qué ha visto en tu aspecto vulgar, lo cierto es que no hay nadie más que reciba su atención, y tú le devuelves la sonrisa. Permanecéis así unos segundos más, en los que imaginas que el tiempo se ha detenido y que no hay nadie alrededor, hasta que ella regresa a su libro.

Durante los minutos siguientes, no ríe. Piensas que quizás haya cambiado de libro, y este no sea tan gracioso, pero te gustaría creer que en realidad no lee, y que, sin hacerlo evidente, está pendiente de ti.

Cuando el metro llega a tu estación, antes de salir giras la cabeza, y ella te está mirando. «Hasta mañana», lees con toda claridad en sus labios sonrientes.

.....

Te levantas veinte minutos antes para acicalarte. Incluso te afeitas, y mientras te ves reflejado en el espejo del baño crees atisbar un resto de la determinación que un día, hace mucho, perdiste.

El metro está tan abarrotado como siempre, pero ya no te importa; tienes los ojos clavados en el panel del recorrido de la línea 5, descontando lucecitas, hasta que parpadea la de su estación. Entonces, los desvías hacia la puerta y descuentas los segundos que faltan para que se abra. Estás tan emocionado como no recuerdas haberlo estado nunca. Aunque eso da igual, porque ahora el pasado no existe. Lo único que importa son los próximos ocho minutos.

El tren se detiene, y contienes la respiración. Se abren las puertas, el vagón vomita, y procede a una nueva ingesta. Vas contando cabezas, todas igual de intrascendentes, y cuando aparece ella todo tu metabolismo se acelera, más aún cuando te das cuenta de que el pasillo se abre directo hacia ti, y aparece a tu lado.

—Buenos días —te saluda sonriente.

Estáis tan cerca en la marea humana, que a pesar de tus esfuerzos por evitar el contacto físico vuestras piernas se tocan. Agradeces el aire acondicionado que, por ahora, evita que sudes, aunque notas la cara hirviendo.

—Hola —respondes, sintiéndote torpe.

Estás convencido de que cualquier cosa que digas será una tontería, así que te quedas callado, mirándola embobado, descubriendo los matices de sus ojos violetas, tan expresivos, y tratando de encontrar una explicación a algo que sólo ocurre en las películas.

Ella está tan relajada como los días anteriores, sólo que no saca el libro, sino que lee en tu cara, tu perplejidad.

Los ocho minutos transcurren lentos y rápidos a la vez. Se te hace eterno ese silencio, con las palabras chocando en tu mente aturullada. Debes ser muy estúpido si no eres capaz de reaccionar a la presencia de esta mujer divertida, inteligente y atractiva que ha decidido compartir el trayecto pegada a ti. Pero cuando el tren se detiene en tu estación y comprendes que el tiempo se ha agotado, piensas que ha pasado volando y que ni siquiera has tenido la oportunidad de formar una oración con sentido.

—Hasta mañana —es todo lo que logras articular.

—Hasta mañana —responde, y tienes la impresión de que su sonrisa es aún más cálida—. Me llamo Lluvia —te regala cuando pones el primer pie en el andén, y tú te sientes empapado de felicidad.

.....

«Lluvia... Lluvia... Lluvia...». Lo repites continuamente, y cada vez te parece más bonito.

«Buenos días, Lluvia. Yo me llamo Hermes». A veces te preguntas si ese nombre no te pesa como una losa, si la carga mitológica no es precisamente lo que te mantiene adherido al suelo, como a una suela de goma atrapada en el alquitrán de una carretera abrasada por el sol.

Esta mañana estás decidido a aprovechar los ocho minutos. Quieres demostrarle a Lluvia que tienes algo más que ofrecer que tu silencio perplejo. Has ensayado muchas posibles conversaciones, pero al final lo único que tienes claro es el saludo. Le dirás tu nombre y luego te dejarás llevar. Por lo que conoces de ella, puedes asegurar que es una persona muy comprensiva con las limitaciones comunicativas de los demás. Sólo tienes que procurar no parecer gilipollas.

El tren se detiene, y se repite el mismo ritual de cada parada: vómito e ingestión. Puntual a su cita, Lluvia aparece radiante, y tú descubres, aterrado y excitado a partes iguales, que tiemblas como una porción de gelatina sobre un plato plano.

—Buenos días, chico misterioso —saluda con naturalidad, como si te conociera de toda la vida. Por supuesto, sonriente.

—Hola. —Te das cuenta de que has dejado de temblar, y eso te anima a continuar—. Me llamo Hermes. Perdona que no me haya presentado hasta ahora.

Lluvia ríe, y tú tienes la certeza de que no hay nada más bello en el mundo.

—Es un nombre muy interesante. Creo que nunca había conocido a ningún Hermes.

— Me costó bastante acostumbrarme a él. En el cole se burlaban. Los niños son bastante crueles con los nombres raros.

— ¿Me lo dices o me lo cuentas?

La ves reír con todos los músculos de la cara, y el sonido de sus carcajadas es maravilloso.

— Pues a mí Lluvia me parece un nombre precioso... como tu risa.

No das crédito a tu propio atrevimiento. Notas el calor en el estómago y el corazón latiendo en las sienes. Ahora Lluvia sonríe sobre todo con la mirada, tan cálida, y deseárias que los ocho minutos fueran eternos.

Te agarras fuerte a la barra metálica, no porque temas perder el equilibrio, sino para descargar la tensión. ¿Cuánto hacía que no experimentabas esa sensación de complicidad con una mujer? Por tu mente se suceden, fugaces, algunas caras que el tiempo ha ido difuminando, pero no te vas a detener en ninguna de ellas. Lo cierto es que estos minutos junto a una desconocida en el metro suponen la relación más íntima que has mantenido en no se sabe cuánto, y por inocente que sea te hace vibrar.

Es entonces cuando sientes su tacto suave y cálido sobre tu mano. Lo primero que haces es mirar a la barra porque, aunque lo notes, no puedes creer que esté pasando. Y sí, ella ha colocado su mano adornada con un gran anillo en forma de nube en su dedo corazón sobre la tuya, y te acaricia los dedos con unas yemas suaves como nubes de algodón.

Los ocho minutos han pasado. Se abren las puertas. Tienes que salir.

.....

Desde ayer, te acompaña el tacto de Lluvia adherido a tu mano izquierda. Te la has acariciado, y te has acaricia-

do la cara con ella, con la ilusión de que es su mano la que lo hace.

Se acercan vuestros ocho minutos, y después del contacto de ayer no sabes qué esperar. Lo que te gustaría que pasara no te atreves a imaginarlo. Quizás lo vuestro sea, realmente, cosa de película, y sacarlo del escenario donde se ha producido la magia rompa el hechizo. En verdad, tienes miedo, porque fuera del metro eres tan vulgar como cualquiera de los autómatas que lo transitan sin plantearse incorporar la emoción a sus vidas, porque temen que la incertidumbre se asome a ellas.

Lluvia franquea las puertas y se dirige hacia ti. Tienes la impresión de que su sonrisa ha perdido frescura, que hay algo que la perturba, y piensas que ese algo eres tú, porque ella lee tu inquietud.

—Buenos días, mensajero de dioses.

—Buenos días —responde, algo rígido. Te reprochas haber plantado la semilla de la duda. Tus miedos han corrompido la espontaneidad sobre la que se estaba construyendo un sueño. Y sin espontaneidad, sin la emoción a salvo de expectativas del qué vendrá después, todo se complica.

Te agarras a la barra, tan fuerte como ayer, y ella se fija en tu mano. Estás seguro de que percibe tu tensión, y te parece vislumbrar un destello de decepción en sus ojos.

Ella también se agarra, justo debajo de donde tus dedos parecen querer fundirse con el metal, y sabes que no va a deslizar su mano hacia arriba, sino que espera que tomes tú la iniciativa, y esa certeza te tortura durante los minutos siguientes, porque es entonces cuando se te presenta con toda su crudeza tu verdadera naturaleza: eres un cobarde.

Todo sería mucho más sencillo si tu vida se limitara a esos ocho minutos diarios, porque no correrías el peligro de decepcionar a nadie, ni de decepcionarte a ti mismo.

—Te presionas demasiado.

Escuchas sus palabras, y no puedes apartar la mirada de sus ojos relajados pero serios. Es la primera vez que las comisuras de sus labios no sonríen. Pasan los minutos, se acerca tu estación, y temes que sea la última vez.

—Lo que me hace feliz es caminar por la montaña. Allí es donde siento que formo parte de algo con sentido.

No sabes por qué se lo dices, pero después de hacerlo te sientes más ligero. Ves cómo la sonrisa sutil regresa a su cara.

—Me encanta la montaña. —Notas las nubes de algodón sobre tu mano. El metro se detiene. Lluvia se te acerca más y deposita un beso dulce en tu mejilla —. Hasta el lunes.

—Hasta el lunes —balbuceas mientras te alejas aturdido.

.....

El metro se detiene, abre las puertas, vomita parte de su carga e ingiere de nuevo.

Aparece Lluvia, con su actitud despreocupada, sonriente, ajena a la vulgaridad del escenario.

Echa un vistazo en torno, y se dirige a la puerta opuesta. Apoya la espalda en ella y saca el libro de la bolsa de tela. Lo abre, pero antes de ponerse a leer levanta la vista, vuelve a fijarse en la masa que la rodea, y emite un leve suspiro que podría interpretarse como de resignación. Sin embargo, es muy breve. Enseguida vuelve al libro, y al poco rato ríe. Varias cabezas se giran en actitud de reproche, otras ya la estaban observando discretamente, alguna con fascinación.

Ninguna de ellas es la tuya, porque has dejado escapar este tren.

Besos en el viento

La huella del alud atraviesa de forma dramática la ladera de la montaña.

Sigues con la mirada la cortina de árboles caídos que dibuja la nueva cicatriz en el corazón del bosque, y te maravillas de la exactitud con que se reproduce cada primavera.

Esta mañana la ascensión te ha costado más que de costumbre. Llevas un rato sentado en la roca de siempre y continúas exhalando espesas columnas de humo blanco por la boca.

A pesar del frío, tienes la camiseta interior empapada en sudor, y mientras recuperas el resuello el aire helado se te clava en los pulmones.

«Me hago mayor», concluyes.

Ayer no acudiste a tu cita diaria por culpa del temporal que ha dejado más de un metro de nieve en pleno mes de mayo.

Debilitado, sudoroso y boqueando como un pez fuera del agua, el caso es que aquí estás de nuevo, admirando la obra de la naturaleza implacable.

Piensas en los días de tu juventud, en las primeras veces que subiste hasta la atalaya desde la que dominas el valle.

Entonces no lo hacías a diario; te gustaba descubrir nuevos rincones, aprovechando que tenías las piernas frescas y la mente ansiosa de conocimiento.

Miras en torno. El maldito cambio climático está dejando su huella. El glaciar pronto será un recuerdo, como los que ocupan la mayor parte de tu tiempo, pero la esencia es la misma; la magia del lugar te sigue proporcionando la energía que necesitas para superar un día más.

Sin ella, hace tiempo que te habrías esfumado como el vaho que sale de tu boca.

Detienes la mirada en la pequeña manada de sarrios. Te observan desde las rocas, con el cuello estirado. Han interrumpido su excursión matutina en busca de los brotes bajo la nieve. Saben quién eres; te ven cada día, pero el instinto no les permite bajar la guardia. El mismo instinto que dirige tus piernas y tu corazón.

«Prométeme que no dejarás de venir. Yo te esperaré todas las mañanas».

— Aquí estoy, mi amor.

.....

— Prométemelo, prométeme que lo harás. Necesito saberlo. — Sus ojos te imploran. Los vela la culpa, y necesitan tu perdón. «¿Qué quieres que te perdone? Estoy tan destrozado que sólo espero desaparecer junto a ti». Es nuestro rincón mágico. Recuerdo la primera vez que me pediste que te acompañara hasta aquí... Cuando llegamos no podía creer que tanta belleza fuera posible... Lloré de emoción — las lágrimas te resbalan silenciosas por las mejillas, impulsadas por un dolor tan intenso que en cualquier momento te impedirá respirar —, y me abrazaste.

La ves acercarse con los brazos extendidos; los tuyos cuelgan inertes.

—No podré seguir sin ti... —No es posible que todo acabe sin más. Levantas la cabeza y aprietas los puños, en un arrebato de rabia—. Tiene que haber algo que podamos hacer.

Te abraza y apoya la cabeza contra tu pecho. No puedes imaginarte sin ella; tiene que ser un error... Esa persona tan maravillosa, tan llena de vida, no puede desaparecer. Le besas el pelo, y ya no puedes controlar el llanto.

—Seguirás adelante, porque yo estaré aquí, en cada roca, en cada flor, en cada corteza de árbol, en cada insecto, en cada nube... —Te coge la cabeza con las dos manos, trata de secarte las lágrimas con sus dedos y te obliga a que la mires. Te sientes ridículo ante su entereza—. En cada soplo de aire. Cuando llegues cada mañana te recibiré con mil besos. —Te atrae hasta que vuestros labios se encuentran, y te regala un beso tan cálido que en ese momento sientes que nada malo puede pasar—. Pero necesito que me lo prometas.

Se lo prometiste, y durante unas semanas pareció que todo había sido una pesadilla. Hasta aquella mañana en que las fuerzas la abandonaron de golpe. Sin embargo, hasta el último momento conservó la sonrisa. «Prométemelo», te susurraba, y tú asentías, sin permitir que la desesperación que te consumía aflorara.

.....

—Aquí estoy, mi amor —murmuras, y entonces recibes sus besos a través del viento, esos besos que te proporcionan la energía necesaria para aguantar un día más.

Como cada mañana, tras unos minutos de alerta, los sarrios deciden que no supones ningún peligro y reanudan su paseo en busca del desayuno.



Benjamín Recacha García



Pau es un ejecutivo aburrido de su vida que quiere dejar la gran ciudad para empezar de cero en la montaña. Una noche conoce a Sandra y a Diego, un viejo pastor del Pirineo Aragonés que quiere volver a su tierra. Ahí comienza el viaje de Pau, mucho más apasionante de lo que podía imaginar.



Tras la muerte de su hijo y la marcha de su mujer, Alberto emprende un viaje. Conocerá a personas que también cargan con la vida a cuestas, y descubrirá nuevos retos vitales. Paralelamente, Lorena, resentida con todo, encontrará en la blogosfera el aliciente necesario para recuperar la autoestima.



Lázaro sobrevive en el salvaje Oeste como vendedor ambulante de *healthy soda*, bebida que causará furor y muchos problemas en Dodge City, donde Wyatt Earp trata de poner orden. El mestizo se verá involucrado en una peligrosa aventura, junto a Jimy, un pistoleroy poco amigable.



Sara trabaja en un camping de montaña. Luis es un turista solitario que busca paz para su corazón. Una mañana coinciden, sin sospechar que ese encuentro fortuito podría significar un nuevo comienzo, y quizás escapar de los recuerdos que los mantienen anclados al pasado.

Benjamín Recacha nació en Badalona (Barcelona) en 1974. Licenciado en Periodismo por la Universitat Autònoma de Barcelona, es autor de las novelas *El viaje de Pau* (2013), *Con la vida a cuestas* (2015) y *Escapando del recuerdo* (Editorial Salto al reverso, 2018); de las novelas cortas *La cooperante* (2016) y *Memorias de Lázaro Hunter: los caminos del genio* (2016); y es coautor, junto a Toni Cifuentes, de *Cartas a un escritor. ¿Cómo se escribe un best-seller?* (2015), que recoge un año de intercambio epistolar con experiencias y reflexiones sobre la aventura literaria. También participa en las antologías de la AEN - Asociación de Escritores Noveles 40 colores, incluido el negro (2016), y *Tenía 15 años y amaba el mar* (Editorial Fanes, 2018).

Días de arañas, buitres y ovejas es su última novela (aún sin publicar). Actualmente prepara la segunda parte del western *Memorias de Lázaro Hunter*, cuya adaptación gráfica está llevando a cabo su hermano, el pintor e ilustrador Fran Recacha.

Es coautor de la obra divulgativa *1886-2019: La prensa calderina. Passió per informar (malgrat tot)* (Thermalia. Museu de Caldes de Montbui, 2019), junto a la periodista Raquel Puig, y comisario de la exposición vinculada.

'[La recacha](#)' es su blog personal, donde reflexiona sobre la escritura y el mundo editorial, y expone su opinión sobre temas de actualidad.

Como autor independiente, ha tenido la oportunidad de participar en foros como Liber, Kosmopolis y el Congreso de Escritores de la AEN.

Además de la PAE, es miembro de los colectivos literarios Salto al reverso e Insectos Comunes, y de la AEN. También es autor habitual de la revista literaria *El Callejón de las Once Esquinas*.

benjaminrecacha.com

brecacha@gmail.com

[@brecacha](https://twitter.com/brecacha)